

# editorial

ALUMNO: Maestro, usted nos ha enseñado que debemos esforzarnos por pensar por nosotros mismos y tener puntos de vista propios.

MAESTRO: Así es, en efecto. Seguramente recuerdas que Kant aseveraba que no se aprende filosofía; sólo se aprende a filosofar. Justo de eso se trata: de lograr una cierta autoformación del pensamiento propio, que no es sino una forma de autonomía de las personas.

ALUMNO: El temor, maestro, es que en razón de ello uno desarrolle una argumentación que incluso podría no coincidir en nada con sus enseñanzas y tesis...

MAESTRO: Mejor, porque entonces habrá diálogo entre nosotros y no un monólogo.

América Latina empieza a cerrar paulatinamente una de esas venas abiertas por la larga exclusión de Cuba en el sistema diplomático, económico y político latinoamericano. El acercamiento de los presidentes Obama y Castro en Panamá, un encuentro esperado desde que se anunció el restablecimiento de relaciones entre EUA y Cuba, estuvo precisamente marcado por la afirmación del diálogo que, por ser tal, procede de las diferencias y las divergencias.

Ningún diálogo verdadero elimina o entierra las oposiciones, ni tendría por qué hacerlo. Obviamente, el diálogo requiere de un mínimo de comprensión entre los participantes, así como una dosis mayor o menor de simpatía por el otro. Deben existir valores concomitantes tales como la tolerancia y una cierta apertura de propósitos, y ánimo conciliatorio, por supuesto; pero también claridad respecto aquello que, para cada cual, no se podrá transigir o negociar. Nadie pretende que quienes dialogan se desdibujen y termine uno subordinado al otro. Eso no sería diálogo sino imposición, esté o no esté disfrazada por intercambios verbales. Que el diálogo auténtico lleva consigo el cambio respectivo de los participantes, es una consecuencia en el mediano o largo plazo. No será fácil, pero tiene que haber modificaciones en el discurso y en las acciones.

Hoy, merced a los acontecimientos de mutua apertura entre EUA y Cuba, se respira un mejor ambiente entre los pueblos americanos, e incluso se podría confiar que con estas incipientes seguridades se tengan más posibilidades para renovar y ampliar los intercambios científicos, técnicos, comerciales, académicos y culturales entre nuestras naciones, sin querer inmolar las características y destino que cada nación ha elegido. La política exterior mexicana se ha basado en este ideario.

La tenaz, y en un principio solitaria, oposición de México a la exclusión de Cuba de la OEA es un hito que no debe olvidarse en toda esta narrativa reciente. La historia muestra una vez más que no se trata de permanecer encerrados en los monólogos, sino de que se privilegie el diálogo en todo momento y bajo cualquier situación. 